

RUBEN DARIO, centroamericanista

Por Alfonso Maria Landarech, S. J.

El ideal centroamericano, el formar un solo pueblo grande, ha sido siempre el anhelo de todas las parcelas del Istmo. Son los dedos de la mano; de una sola mano. Todos ven las ventajas que esta unión acarrearía a Centroamérica. Un solo pueblo, grande y libre. La unión hace la fuerza. Ocho millones de habitantes unidos en un solo ideal común: el engrandecimiento de la patria. Lo exige la geografía, la historia, la tradición y la prosperidad de estos pueblos, unos en la sangre, en la fe, y en la comunidad de ideales.

Guatemala, Honduras y Nicaragua aportarían principalmente la extensión de un territorio rico y pujante. El Salvador y Costa Rica el material humano y la fuerza y vigor para la industria y el comercio.

Esta fué la idea motriz de los Próceres de la Independencia: Delgado, Arce, Valle y Barrundia; y éste ha sido siempre el ideal acariciado por los grandes gobernantes, estadistas y literatos.

Uno de esos paladines, no de la espada y el acero, pero sí del pensamiento y de la idea, fué el máximo de nuestros poetas líricos, el inmortal Rubén Darío.

Llegado a El Salvador por segunda vez, el año 1889, después de su estancia en Chile, toma parte en las luchas políticas que mantienen casi en pie de guerra a estas recientes repúblicas centroamericanas, divididas en dos corrientes antagónicas: la que propugna la unión de todas ellas en un solo Estado poderoso, y la que pretende mantener la independencia de cada una; situación ésta que llegaba a dividir hasta la política interna de cada país.

En estos momentos de efervescencia política hace su aparición Rubén Darío en el escenario de El Salvador y se encarga de dirigir el periódico "La Unión", que es confiado al poeta por el Presidente, General Francisco Menéndez, con instrucciones especiales de luchar por los principios de la unión centroamericana.

Rubén Darío acepta entusiasmado el cargo y se dispone a defender en el nuevo periódico los sagrados ideales centroamericanos.

Veamos cómo nos cuenta él mismo la entrevista con el Presidente Menéndez: "Una vez llegado a la capital salvadoreña busqué algunas de mis antiguas amistades y una de ellas me presentó al general Francisco Menéndez, entonces Presidente de la República. Era éste, al par que militar de mérito, conocido agricultor y hombre probo. Era uno de los más fervientes partidarios de la Unión Centroamericana, y hubiera hecho seguramente el sacrificio de su alto puesto por ver realizado el ideal unionista que fuera sostenido por Morazán, Cabañas, Jerez, Barrios y tantos otros. En esos días se trataba cabalmente de dar vida a un nuevo movimiento unificador, y es claro que el Presidente de El Salvador era uno de los más entusiastas de la obra.

"A los pocos días me mandó llamar y me dijo:

—¿Quiere usted hacerse cargo de la dirección de un diario que sostenga los principios de la Unión?

—Desde luego, señor Presidente, le contesté.

—Está bien, me dijo, daré orden para que enseguida se arregle todo lo necesario.

En efecto, no pasó mucho, sin que yo estuviera a la cabeza de un diario, órgano de los unionistas centroamericanos, y que, naturalmente, se titulaba "LA UNION".

Y Rubén Darío, joven todavía de 22 años, pero que venía de Santiago de Chile con la aureola de escritor, después de haber colaborado en La Epoca y más tarde en El Heraldo de Valparaíso, se puso al frente del nuevo periódico.

Para entonces, precisamente un año antes, el 1888, había publicado ya "Azul", libro de versos modernistas y relatos breves que inmediatamente atrajo la atención de la crítica mundial y que vino a ser como su consagración de poeta.

Es curioso y digno de meditarse, en el asunto que nos ocupa, su primer editorial titulado *Lo que será este diario*. En él, tomando pie del Pacto de San Salvador firmado por los Ministros de las cinco Repúblicas, se sientan las bases del unionismo, los fines del nuevo periódico, y su Director promete trabajar por él con todo el ardor de su entusiasmo juvenil.

"Venimos a ser trabajadores por el bien de la Patria, venimos de buena fe a poner nuestra idea al servicio de la gran causa nuestra, de la unidad de la América Central.

Este diario flameará como una bandera y sonará como un clarín,

Seremos los que dirán al pueblo la palabra del entusiasmo.

Pensamos en que los hombres de buena voluntad, los verdaderos patriotas, deben ya prácticamente hacer su labor en la obra del porvenir.

Acaba de darse un paso grandioso al formar el Pacto que han firmado en San Salvador los Ministros de las cinco Repúblicas, que tienen derecho al aplauso de todos los centroamericanos que ansían el engrandecimiento del viejo país por el que murió Morazán. Nos sentimos llenos de honra, al llegar con nuestras tareas del diario a ponernos bajo la sombra del pabellón blanco y azul.

Queremos ver brillar la nueva aurora y esfumarse las fronteras el día de la gloriosa fiesta triunfal.

Que cada cual ponga su contingente; que la asociación, que la iniciativa individual, la prensa, hagan su labor.

Que vuestro pensamiento, oh antiguos próceres de la Unión Centroamericana, sea una explosión de luz en la noche de nuestras divisiones.

Haya franqueza, haya fraternidad.

No más discusiones y pequeñas rencillas, brille la paz serena y santa. Así, llenos los campos de espigas, vendrá el olvido de la sangre y de las fatales guerras.

El Pacto de San Salvador es una inmensa esperanza, y deben estar orgullosos por haber contribuido a él los gobiernos centroamericanos.

Entretanto, nosotros voceros de la gran idea, saludamos a los patriotas y a los que no desesperan y a los llenos de aliento y de fe.

Al sentir que estamos bajo un viento de la libertad, nos vemos fortalecidos para nuestro trabajo por la patria.

Todo el jugo de nuestras venas y toda la vida de nuestro cerebro y todo el calor de nuestra alma, los colocamos en aras de la unión y por ella lucharemos y a su abrigo levantamos nuestra tienda.

Pensadores: que en vez de las sombrías nubes que ha amontonado el separatismo, vuelen vuestras ideas vencedoras a los altos ideales, como águilas bajo relámpagos.

¡A la obra!

El diario *La Unión* espera el contingente de vosotros; que soplen vuestros pulmones y él será la trompeta.

La Unión persigue y desea que nos inundes de tus claridades, ¡Oh Progreso! y que sobre nuestras cabezas se extiendan, con ruido glorioso, tus sagradas alas sonoras, ¡Oh Libertad!"

Por aquellos días llegó a El Salvador el literato centroamericanista

Dr. Lainfiesta, que venía como delegado del gobierno de Guatemala al Congreso Centroamericano que se celebró en la capital salvadoreña a iniciativa de su Presidente general Francisco Menéndez.

Lainfiesta fué obsequiado con un banquete en casa del Dr. Francisco E. Galindo, a la sazón Gobernador de Sonsonate.

Allí se hallaba también el director de "La Unión" y gran poeta Rubén Darío. Instado por la concurrencia brindó por el huésped y por la unión con estos versos improvisados que reproducimos a continuación:

Al señor ministro Lainfiesta

Por huésped y campeón
del bien centroamericano,
por el que trae en la mano
la bandera de la Unión.
Por el que echa rosas de oro
cuando dice sus palabras;
por tí, Galindo, que labras
tu pensamiento sonoro.
Por el soberbio clarín
que toque la primer diana
de Unión centroamericana,
del uno al otro confín.
Por los que vamos en pos
de ideales bendecidos;
por los que estamos unidos
por la voluntad de Dios.

El Pacto de San Salvador, celebrado en esta capital, por iniciativa del Gobierno salvadoreño del General Menéndez es un timbre de gloria para el país que lo alentó. Y el mero hecho de que el Presidente Menéndez escogiera como vocero del movimiento unionista al gran vate Rubén Darío fué uno de los aciertos de aquel excelso gobernante que quiso que se borrasen las fronteras salvadoreñas para que no hubiera más que fronteras centroamericanas.

D. Tranquilino Chacón, un emigrado costarricense que vivió por esos años en El Salvador, nos habla de la amistad de Rubén Darío, y suya propia, con la familia del Presidente. "Tuve la dicha de captarme al igual que Rubén, las simpatías de tan honorable familia, así frecuentaba la casa con toda libertad y confianza. El general me llamaba a veces para conversar conmigo respecto de la unión centroamericana, de la cual era tan devoto como el ilustre caudillo Morazán, por el entusiasmo y el convencimiento con que había abrazado esa gloriosa causa".

También en nuestros días hemos tenido en San Salvador una reunión semejante. Los Ministros de Relaciones Exteriores de las cinco naciones istmeñas, han celebrado sus sesiones en plan de amistad y acercamiento, saliendo como fruto de sus deliberaciones la Carta Fundamental que ha de

regir los destinos de la Asociación (ODECA), y que por haberse firmado en nuestra capital se ha dado en llamar Carta de San Salvador. Incluso se proyecta construir un magnífico edificio que sirva de sede a sus organismos, y que bien pudiera ser la base unionista del Gran Pueblo Centroamericano.

Nos refiere el antes citado Don Tranquilino Chacón, que Darío lo invitó a colaborar en su diario. "Me abrazó llamándome hermano, dice. ¿sabe usted porqué le llamo hermano? porque ha sido usted el primero que en la América Central, *nuestra patria común*, ha dado a conocer mi libro "Azul".

"Azul" apareció en Chile, marca el primer jalón de la gloria de Rubén Darío y encierra como en germen toda la obra posterior del gran poeta. Contiene varios cuentos: el Velo de la reina Mab, El rey burgués, El pájaro azul y otros más, de corte francés y exquisito gusto artístico. La segunda parte lo forman una serie de poesías modernistas que señalan el comienzo de una nueva forma literaria.

Más tarde, el 1896, aparecerá en Buenos Aires un nuevo libro de Rubén Darío: "Prosas profanas" que marcará la segunda etapa de su lírica, ya francamente modernista. Son las famosas poesías: Era un aire suave, Sonatina, Blasón, Coloquio de los centauros, El cisne, Sinfonía en gris mayor, que fué inspirada y escrita en El Salvador, etc., etc.

Y termina su vuelo ascensional con sus "Cantos de vida y esperanza", la obra cumbre de Rubén Darío.

Al día siguiente, continúa Chacón, apareció en "La Unión" una nota editorial muy elogiosa para mí. La casa donde estaba la oficina de "La Unión" no carecía de comodidad para la vida ordinaria. Rubén y yo teníamos una estancia con puerta a la calle. El poeta era algo perezoso, preciso es confesarlo, pero en cambio, cuando yo lograba que escribiera, era un omnipotente; qué rara facilidad para sus producciones; cómo corría su lápiz prodigioso, con la rapidez de su pensamiento, y al concluir no había un renglón que no fuera filigrana literaria" (Obra citada).

Fueron escritores asiduos de "La Unión" don Santiago Ignacio Barberena, jurisconsulto e ingeniero, que a la sazón desempeñaba el cargo de Jefe de Redacción de "La Unión" y que estimaba a Rubén como un genio y lo adoraba como a un hijo, según su propia expresión. Era tenido por un gran matemático, astrónomo, metereólogo y sismólogo, como también por un eminente lingüista. Por ese tiempo era profesor de matemáticas, astronomía y ciencias naturales en el Instituto Nacional y componía varios libros de Filología y Etnología Lingüística que le han hecho famoso.

Otros de los redactores de "La Unión" era el Dr. Reyes, que había sido su primer Jefe de Redacción y que actualmente desempeñaba el cargo de Rector de la Universidad Nacional.

También escribía en "La Unión" el ya entonces notable poeta y famoso humanista don Francisco Gavidia, El Maestro, como ha dado en llamársele con aprecio, poeta, historiador, humanista y escritor variado que ha llegado a ser en la actualidad uno de los más grandes valores salvadoreños, y que

después fué publicando dos tomos de poesías líricas: "Versos" y "Pensamientos", composiciones consagradas por la crítica autorizada; "Oda a Centro América" y el "Canto a Bolívar" en el género épico; "Historia Moderna de El Salvador" y "Cuentos y Narraciones"; como dramaturgo: "Deuda Antigua", "Misterios de un hogar" y "Ursino" y "Júpiter"; e infinidad de discursos y conferencias, así como artículos de toda clase.

Don Francisco Castañeda, conocido en su época como escritor castizo y que luego escribió unas Lecciones de Retórica muy amenas que han servido de texto varios años para el estudio de la Preceptiva Literaria, también fué colaborador de "La Unión".

Allí ensayó sus primeras artículos nuestro mayor costumbrista Arturo Ambrogi.

Como prueba inequívoca, concreción y síntesis del ideal centroamericanista de Rubén Darío, nos han quedado dos de sus mejores poesías dedicadas a la Patria Grande. Ambas llevan el mismo título: "Unión Centroamericana".

La primera fué escrita en San Salvador el año 1889, allá por los días en que era director de "La Unión". Está versificada en sonoros dodecasílabos que riman en pareado, estrofa que se había de poner tan de moda luego entre los modernistas.

En ella se desenvuelve la idea de la paz y de la unión en versos resonantes y épicos, y se va repitiendo después de cada símbolo este estribillo:

entonces de los altos espíritus en pos
es cuando baja y truena la voluntad de Dios.

La otra es de muchos más alientos. Lleva esta dedicatoria "Al señor general Justo Rufino Barrios". Está escrita en "El País de los Lagos". Consta de 281 versos endecasílabos y eptasílabos agrupados en estancias, y todo el tono de la composición es épico, campanudo y brillante. Quintana, Herrera resucitan en él.

Se hace la apología de los llamados héroes de la unión: Morazán, Valle, Barrundia, Cabañas, Barrios, Jerez, pero faltan los Próceres que son los auténticos centroamericanistas.

Y termina así:

¡Señor! Un pueblo que ama su derecho,
que tiene muchas llamas en el pecho
y algunos lauros en su frente altiva,
dice que en vos está la idea viva;
que es pujante la idea,
y que es fuerte y pujante
porque en ella lo eterno centellea!
¡Dice que caminéis vos adelante;
que vos os levantéis, y que así sea!

Hemos presentado al más grande poeta hispanoamericano como auténtico centroamericanista.

Gloria del unionismo será siempre un paladín tan cualificado, el poeta de América, cuya alma original percibió los sonidos más armoniosos, más sutiles, y más delicados, y los trasmitió, hechos notas de luz y de colores, en sus estrofas aladas; el renovador de la lírica moderna, el plasmador de una nueva sensibilidad, la sensibilidad de su época, que supo hacerla visible en el espejo terso de sus mágicas estrofas.

Rubén Darío es un perfecto sinfónico de la forma. Abandona los rígidos versos tradicionales y descubre en sus melodías ritmos nuevos de insospechada armonía.

Cuanto parecía arbitrario y hasta disonante en poesía, adquiere, gracias a él, un valor de novedad rítmica, de sorprendente melodía, de rara musicalidad.

Con gusto exquisito y tino prodigioso, jamás imitado por ninguno de sus discípulos, Rubén Darío, único en su arte, divide, enlaza y combina los metros más diversos, mostrándonos misteriosas armonías y desusados recursos en la métrica castellana.

Rubén Darío, el gran centroamericanista sigue brillando como el astro más refulgente en el cielo poético hispanoamericano.

